

Las sidrerías

R.M.

Van desapareciendo las sidrerías del casco urbano. Se sigue bebiendo sidra, y si no vayan a cualquiera de las sociedades populares que hay en la ciudad y pregunten cuántos litros consumen al año los socios, y cómo van unos cuantos miembros de las directivas a seleccionar la mejor a determinados caseríos que las venden, y se traen aquélla que en la degustación merece el calificativo de «bonita».

Pero los establecimientos abiertos a todo el mundo, húmedos, oscuros y fríos, a los que iba *Vilinch* y que cantó *Antonio Arzac*, prácticamente han desaparecido.

Y hace años abundaban en todo el barrio viejo.

De algunas de estas sidrerías todavía hay memoria, y de entre ellas la que más fama tenía era la Vaca, al final de la calle Iñigo, junto a la cuadra de donde salían los bueyes para la socamuturra.

Otras que mencionan los cronistas de la época eran las de Ogeita-bat y Kupeleta, en la calle Pescadería, Sorda y Gaztoki en la subida del Castillo, la de Bárbara en la calle del Ángel y la de Heriz frente al Muelle.

Las diligencias que traían el correo paraban en la calle Narrica, muy cerca de San Vicente, pues en esta calle esquina con la de Juan de Bilbao estaba la Posta. Todavía se puede ver en la fachada la abertura del buzón para depositar la correspondencia.

La gente que iba a esperar a las diligencias de Bayona y de Madrid frecuentaba una sidrería que había allí mismo, en la calle Juan de Bilbao. Frente a San Telmo estaba la de Kañoyetan, de donde tal vez tomó el nombre la veterana sociedad que hay allí desde hace un siglo.

En la plaza de las Escuelas, hoy de Sarriegui, estaba la de Atocha, y la de la Monja en la calle del Ángel; Ama-virgiña se hallaba en Embeltrán, Goenaga en Mayor y Gurruchaga en la de la Trinidad, luego 31 de Agosto.

De las más concurridas eran las de Simón Diruenea, la de Choena y la de «Los once dedos».

Los sidreros hacían la ronda al caer el sol y uno de ellos era *Vilinch*.

Tenían fama de buenos bebedores los pescadores *Coco*, *Arocha* y *Cashuela*, que algunos días llegaron a beberse cien vasos cada uno, vasos que contenían el doble de sidra de la que hoy dan en las tabernas. El líquido producía sus efectos, y se formaban espontáneos orfeones y tenía fama de excelente barítono *Alcaya*, un sastre que en la segunda guerra carlista vistió el uniforme de miquelete.

Hoy estas sidrerías son un recuerdo. Sus sucesoras están en Astigarraga Ergobia, Hernani...